



GONZALO ROJAS

7/

**GONZALO ROJAS**

POETA, 93 AÑOS

**“Soy totalmente joven”**

**“LA VIDA ETERNA ES LA MUJER”**

—¿Qué tanto ha amado usted?

—El amor en mí se da desde la mujer, pero eso no me exime de otra versión. Junto con lo femenino, es amor a lo sacro. Por ahí tengo algo de religioso. Religioso en un sentido que me mantiene, porque no tiene que ver ni con la fe ni con la ortodoxia: es una cuestión romántica... Los 28 días que dan opción de vida ¿quién lo da sino la mujer? Cada 28 días está sangrando en ella. Yo no entiendo el mundo sin mujeres. Yo no creo en la vida eterna: para mí la vida eterna es la mujer. Siempre estoy peleando porque haya una mujer al lado mío, no importa que perturbe.

“¿Qué se ama cuando se ama?” se llama uno de los poemas más memorables del poeta Gonzalo Rojas Pizarro. Un libro de la magnífica trilogía que publicó la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos también recoge ese nombre. La seguidilla de publicaciones que periódicamente aparecen, en Chile y el extranjero, le

fue un regalo tardío, pues hasta los 70 años este hombre bajito y que habla como susurrando —zumbando, diría él— con palabras y entonaciones que seducen y envuelven era casi un ser desconocido por el vulgo. Sólo algunos conocedores del verso bello lo tenían entre ceja y ceja y sabían de su verbo cargado de erotismo. No hubo otro escribiente chileno más erotizador que él en todo el siglo XX. Tres veces casado, y dos veces viudo, tiene dos hijos —Rodrigo Tomás, neurólogo que vive en Bonn, y Gonzalo, sicólogo-oncólogo, que vive en Santiago— y muchas mujeres a quienes les ha lanzado zumbidos con su palabra cuidada y seductora.

Un día de invierno de 1988 me bajé en el terminal de buses de Chillán y caminé por la calle El Roble hasta llegar al número 1051. El hombre rosáceo y calvo, bajito, me esperaba con Hilda, su mujer. Hasta ese momento se había autoeditado *La miseria del hombre* en Valparaíso en 1948, *Contra la muerte* en 1964, y el resto de sus entonces poco numerosos libros habían salido de imprenta después de 1973, pero en el extranjero. Años más tarde sólo David Turkeltaub —buen poeta, buena persona y que en los años duros tuvo el atrevimiento de ser editor de poesía mayor— se animó a publicarle dos libros “chilenos”. En efecto, bajo el sello Ganymedes (soporte también de los extraordinarios *Sermones* y *Nuevos sermones del Cristo de Elqui*, de Nicanor Parra; y de obras de Enrique Lihn y Gonzalo Millán, entre otros) publicó *50 poemas* (1982) y *El alumbrado* (1986). Era una producción impresa en su tierra natal muy escuálida para un poeta de 71 años: en Chile se limitaba, en materia editorial, a dos autoediciones y dos ediciones de una casa editora alternativa.

Sin embargo, fuera de este país habían sido mucho más generosos con su poesía. En Venezuela, en 1977, Monte Ávila Editores le publicó *Oscuro*; en España le publicaron *Transtierro* en 1978; y el Fondo de Cultura Económica de México *Del relámpago*, en 1981. Precisamente, el primer poema que yo le conocí era de este último libro: “Los letrados”. Pero fue un hallazgo que encontré reproducido en un pasquín universitario, en un pequeño local de libros de segunda mano en Viña del Mar en 1984, y que me conmovió al punto de memorizarlo yo, que no memorizo nada.

Hasta ese día, la obra de Rojas, además de lo nombrado, se reducía al *Cuaderno secreto* (escrito en 1936, pero inédito), *Uno escribe en el viento* (1962, que casi no circuló), *Críptico y otros poemas* (1980, Universidad Autónoma de México) y *La fiura* (1984). Todos de conocimiento restringidísimo. Esa era la situación.

Aquella mañana nubosa de 1988 Gonzalo Rojas recién había recibido el primer ejemplar de su libro *Materia de testamento*, publicado en España por Hiperión. Estaba en su casa de Chillán, tal como hacía la mitad del año. En verdad eran dos o más casas, un engendro de casas, porque en la parte delantera vivían sus suegros. El resto del tiempo era “visiting professor” (tiene un poema de ese nombre) en la Brigham Young University de Utah, en Provo, Estados Unidos, corazón de los mormones (la universidad y Utah). No había prensa para este Gonzalo, ni reconocimiento. Era un poeta sólo valorado por una pequeña minoría de lectores de poemas en estas tierras. Aunque en México, Venezuela y España su zumbido poético se reconocía bastante más.

“Ni amistades ni besuqueos”: así se tituló la entrevista derivada de ese viaje a Chillán, aparecida en la revista *APSI*, donde yo era un novel redactor, y se llamó así porque eso literalmente me dijo, resumiendo su posición ante el “huevonaje chileno”, expresión también suya. “Yo no soy premio”, fue otra de sus advertencias, formulada al modo del provinciano rebelde de semblante engañosamente dulce que recubre de miel su hiel: pese a su apariencia física inofensiva, en su interior cargaba con silenciosa rabia la indeferencia del *establishment* literario hacia su obra. Esa rabia también brota del monumental poder libídico que posee y por eso se ha volcado sin concesiones a escribirle palabras duras a varias ignominias sociales, como su conmovedor poema a Sebastián Acevedo, aquel padre que en 1983 se quemó a lo bonzo en plena Plaza de Armas de Concepción en desesperada protesta por la detención y desaparición de dos de sus hijos en manos de la CNI.

Le recuerdo en mayo de 2006, en esa misma casa engendro, 18 años después —y ya único morador que permanece, pues se le fueron muriendo suegros y esposa—, ambas señas de identidad

de entonces y él se sorprende —sí, se sorprende, aunque las reafirma— quizás con rubor porque desde aquella vez hasta ahora ha cambiado bastante el panorama: por ejemplo, se ha ganado casi todos los premios posibles para un poeta vivo (entre ellos el Cervantes), y es muy reconocido en Chile, incluso por el mismo *establishment* literario que antes lo ignoró. Salvo el Premio Nobel, al que en todo caso lo postulan, desde aquella ocasión como por encanto se transformó en depositario de todos los grandes premios literarios y en un poeta masivamente leído y alabado, lo que hace que una inmensa cantidad de gente ahora lo besuquee y quiera ser su amigo.

No sé si en amistades, pero en lo del besuqueo no fue franco en aquella ocasión. Pese a su figura en apariencia exenta de toda eroticidad, Gonzalo Rojas ha besuqueado mucho, a lo largo de su vida, a mujeres de distinta estirpe. En su lenguaje está toda su potencia amorosa. Han sido besos bien dados y, por qué no, también imaginarios porque alguien que se pregunta “¿Qué se ama cuando se ama?” lo puede hacer sólo después de ejercer aquel arte en las más disímiles acepciones.

Una de las cosas que me intrigaba era, derechamente, dialogar de sexo con el Gonzalo Rojas de nueve décadas, pues la sexualidad expele de su poesía, pero nunca le había oído hablar de ello en crudo, en primera persona y a partir de su larga experiencia personal. No es baladí plantearle conversar a alguien de 88 años (esa era su edad ese día) sobre estos interiores. Sin embargo, lo puedo testimoniar: se puede conversar de sexo con este Rojas nagenario. Y me confesó, sin miedo a cuidar las apariencias, que aún tenía actividad sexual.

—La gente no puede entender que 88, como yo tengo, y 23 es lo mismo —decía entonces—. Nací en el mar, en una costa bien brava, la de Lebu, con la cueva del toro, que es un útero de mujer: pasa el mundo y estalla y resuena. El personaje central y único de mi ejercicio poético es el ritmo de ese socavón, que te permite respirar y asfixiarte al mismo tiempo. Aire y asfixia andan en el ejercicio mío.

Aunque nacido en Lebu, en la boca del trueno y del mar, el 20 de diciembre de 1917, Rojas terminó optando por la cordillera.

Torreón del Renegado le llamó a su refugio camino de las Termas de Chillán. Allí estuvimos en 1988, con él e Hilda, su mujer ahora fallecida. Luego de que atrapara una madre de la culebra que transitaba incauta por el bosque, bajamos al río que se nombra hermosamente así: Renegado.

—¿Usted es un renegado?

—Yo no soy un renegado —refuta—. ¿Renegado de qué? He sido un desinhibido: eso sí.

Cuando la Feria del Libro se hacía en el aire libre(o) del Parque Forestal —no como ahora que se cobra entrada a un sitio atosigante y mercantil como es la Estación Mapocho—, a eso de las 5 de la tarde de un día de semana siendo estudiante llegué al local del Fondo de Cultura Económica. Tomé de un escaparate *Del relámpago* y me puse a leer. Busqué “Los letrados”. Aunque no tenía un cinco, le pregunté por el precio a un señor bajito y rosado, que resistía la canícula primaveral en una silla sólo protegido de un gorro negro de marinero.

—No tengo idea, mijito. Así es este negocio: uno escribe los libros y no sabe el precio de ellos —contestó.

—¿Usted es Gonzalo Rojas?

—Lo soy, pero ya ves: podría ser un vendedor. Da lo mismo.

Después de un corto intercambio de palabras, de pronto Rojas dijo con cuánta razón que el calor de noviembre daba soponcio, invitándome a unas pilsener en un barucho frente al hermoso cerro Santa Lucía. Se levantó y nos largamos a caminar. Aquella tarde estuvimos hasta las 9 de la noche, unas cuatro horas infatigables, consumiendo cervezas Escudo en un bar y conversando. Al despedirnos anotamos nuestras respectivas direcciones. Él pronto viajaba a Estados Unidos a ejercer su condición de *professor* en la Brigham Young University en Utah.

Una vez allá, no tardó en escribirme una carta con su letra indefectiblemente estilizada. Le contesté, y así seguimos. Tantos años más tarde, ahora, dice recordar esa escena y desde esa memoria inicia un recorrido por la vida que le tocó, desde el comienzo —su Lebu natal—, en la dispersión de su habla, que entremezcla hechos con observaciones sobre ellos y las palabras, al modo del profesor que quiere hacer glosa en todo lo que dice. Porque

Rojas ejerció muchos años de profesor de literatura (especialista en lengua latina) en la Universidad de Concepción. Quienes fueron sus alumnos dicen que sus clases eran un gozo y uno, que lo ha oído leer su poesía en público —interviniendo los versos con comentarios que al final resultan nuevos agregados al poema—, sabe que es verdad, porque su lengua seduce. Pero lo que le dió más prestigio fue su rol como el gestor que estuvo detrás de los Encuentros de Escritores y de las Escuelas Internacionales de Verano que se realizaron entre 1960 y 1964 en aquella ciudad y que permitió reunir a los más destacados escritores de América, como Allen Ginsberg, Lawrence Ferlinghetti, Juan Rulfo, Augusto Roa Bastos, Carlos Fuentes, Ernesto Sábato, Nicanor Parra, Julio Cortázar, Alejo Carpentier, entre muchos otros, comandados por el buque insignia: Neruda. Incluso alguna vez me mostró una carta muy cariñosa de puño y letra de John Lennon excusándose de no poder asistir a otro evento literario (lo invitó como poeta) que él también organizó.

### “CHILE ESTÁ MIERDOSO”

Cuando Gonzalo tenía cinco años, murió su padre, Juan Antonio Rojas. Era el séptimo de sus ocho hijos. A todos les dieron una beca para estudiar en el colegio Seminario Consistorial de Concepción. Colegio que a los 17 abandonó y se embarcó a Iquique. Allá escribió en el diario *La Crítica*. Con 20 ingresó a estudiar Derecho en la Universidad de Chile. Para costear su subsistencia trabajó como inspector del Internado Nacional Barros Arana, coincidiendo allí con Nicanor Parra (hacía clases de Matemáticas), su único par poético que le sobrevive, aunque es dos años mayor. En ese entonces murió su madre, Delia Pizarro. Al año siguiente entró al Instituto Pedagógico y se anexó (para alejarse después) al grupo surrealista La Mandrágora, integrado por Braulio Arenas, Enrique Gómez-Correa, Teófilo Cid y Jorge Cáceres. Por ellos conoció a Vicente Huidobro.

En 1945 se fue a vivir a Valparaíso, donde ejerció como profesor de castellano en el Liceo José Miguel de la Barra. En esas fechas obtuvo el primer premio de poesía en un concurso de la Sociedad

de Escritores de Chile con su libro *El fuego eterno*. El premio era editarlo, cosa que jamás ocurre. Tres años después publicaría su primera obra: *La miseria del hombre*.

—Chile está mierdoso, literalmente como te lo digo. Miedoso y mierdoso: el miedo lo corroe, lo corroyó siempre, desde antes de Pinochet. Pero después de Pinochet el miedo se apoderó del tipo ese y no sólo de él. Los señoritos militarotes usaron el miedo y sembraron el miedo en este pequeño planeta llamado Chile y por ahí lo acorralaron y lo tienen todavía apaleado. Chile siempre fue muy poco, con todas sus gracias, siempre tuvo mentalidad de perro apaleado, pero una cosa es eso y otra cosa es el miedo servil: el miedo funcionó y sigue funcionando.

Así habla, de entrada, Gonzalo Rojas, en el momento de inicio de nuestro diálogo, en 2006. A su edad no hay por qué guardar las formas, pero no es un asunto de años porque su edad no corresponde al tipo: un arrebató lúcido y ácido lo acompaña desde siempre. Quienes lo conocen de veras saben que detrás de esa figura frágil y amable, hay un animal rebelde y poco complaciente.

—¿Y lo de mierdoso por qué?

—Mierdoso: disminuido hasta el punto que si tú hablas no sabes de qué se trata, no sabes cómo se formula una sílaba, el vocablo, porque es tanta la cretinización que no da para más el juego. Yo despierto y tomo relación con eso que se llama *la tele*, la televisión, y ahí están los pelotas hablando de sus propias vidas y diciendo mugrerías, como si eso tuviera jerarquía alguna... Y no olvidemos los terribles diarios, esas toneladas de miseria. Ya entonces en sus días de 1850, 1877, por allá cuando Baudelaire escribió *Las flores del mal*, dijo: “¿Cómo voy a tener periódicos, si son toneladas de miseria, toneladas de mierda?”.

—¿Hay problemas serios con la palabra hoy en día?

—Muchos. La palabra no es la “casa del ser”, como diría nuestro Heidegger tan querido. ¿Pero qué casa, de qué ser va a ser la palabra que se usa hoy día y desde la que se abusa? Eso no es sonido, ni menos es zumbido. Yo soy animal del zumbido, creo en el silencio y creo en el zumbido. La palabra tiene una dimensión fónica, y otra dimensión semántica, eso lo saben todos. La dimen-

sión fónica está en la ruina, y no porque yo esté hablando en nombre de ninguna corrección, yo no soy corrector ni correctivo. Me gusta el desacato, me gusta De Rokha, por eso me gustó (Domingo Faustino) Sarmiento en su día cuando rompió con las pautas y las normas, me gustó (Andrés) Bello inclusive. Bello se atrevió a cancelar el juego de las ortodoxias de la academia española, hizo la jota, la equis, que es hermosa. El estado de salud de la palabra, a escala de fonos, quiero decirte de sonidos, es muy menesteroso, y a escala de sentido, ¡pavoroso! ¡pavoroso!

Rojas enseña la casa. Se entusiasma con una nueva construcción: un palafito de fierro. “Lo injerté adentro de una casa longilínea, como Chile, una casa de 12 por 80 metros de largo de fierro”, dice. Donde vive es un lugar largo y angosto, en efecto, construido a modo de *patchwork* o *collage*, como un laberinto lleno de puertas de entrada y de salida, recovecos, rincones y camas, muchas camas.

—¿Para qué se hizo el palafito?

—Para intentar pensar. Para intentar soñar.

#### “ECHO DE MENOS EL OLOR A PUTERÍO”

—¿Ha sido muy disperso?

—Sí, señor. Yo trabajo con la concentración y la dispersión al mismo tiempo. La dispersión parecería un desvarío, y sin embargo ese desvarío lo puedes controlar si tienes las agallas para mantener las bridas en las manos mientras bloqueas de lo lindo con la imaginación. ¿Porque quién induce a la dispersión? La imaginación, que es poderosa. Todos nosotros estamos traspasados de imaginación y de coraje: ojalá lo mantuviéramos como los niños.

—¿Los poco imaginativos son poco dispersos?

—Son poco dispersos. Son normativos, como los chilenos: normativos, aburridos, esquemáticos, bellísticos... La dispersión es connatural a la imaginación porque es una explosión aparentemente para fuera. Yo veo los primeros años de siglo XXI a punto de desmayarse. La dispersión tiene que ver con este prodigio imaginativo y sensitivo. No hay que tenerle miedo a la dispersión.

—A los 88 años, ¿usted es joven?

—Soy totalmente joven... si se llama juventud esa especie de vivacidad que no tiene miedo al miedo.

—¿No ha perdido la juventud?

—¡No! ¿Por qué la iba a perder si ni en los días divertidamente estúpidos de las miserias dictatoriales del Chile unisecular, nunca perdí la juventud?

—¿Por qué cree que no la ha perdido, a los 88 años, y cercano a la muerte?

—Buena pregunta. ¿Por qué no la habré perdido? Porque la siento tan arraigada, tan atada a lo mío, al modo de respirar.

—Es bien curioso que no haya perdido la juventud porque tiene un poema de joven que se llama “Perdí mi juventud”.

—Ese es un modo de decir, cuando uno dispendiosamente pierde lo que tiene, porque lo tiene y lo recobra. Son dispendios. Perder mi juventud en los burdeles quería decir que estaba totalmente burdelero...

—Perdió la virginidad...

—Claro, pero no perdí nada.

—Perdió la virginidad, pero la recuperó después.

—Qué bonito lo que estás diciendo. Me encantó: eso es, uno recupera, pierde y recupera. ¿Qué es perder? Perder, saber perder, apostar y perder, sobre todo apostar. Nosotros, que somos los *anarcas*, no andamos tras el poder: apostamos y perdemos... Echo de menos el olor a puterío, me divertía eso, parecía tan sucio, pero no era envilecedor.

—¿Fue muy putero usted?

—No es el puterío de la calle San Camilo de Santiago de Chile, que los había, y cinco o siete en Valparaíso, sino que es algo que viene de más lejos, de la España, de Grecia, de la Roma antigua. Los romanos eran puteros, pero tenían su gracia al compartir las niñas, las bacantes del burdel más remoto, a unos milímetros de la sacralidad. Cuando yo escribo poesía de amor y me brota la poesía no de amor sino sexualizada, no es una erótica de la carne, de que al pajarito se le pare bien a uno. No, no, no, no es eso. Todo es sagrado: el orgasmo es sagrado, el puterío aquel era sagrado, en el caso mío. ¿Por qué íbamos los jóvenes a eso? No sólo por lujuriosos animales. En mí opera un eros traducido del gozo, del encan-

tamiento de ese prodigio que es la vibración orgánica, glandular, y de lo sagrado. Soy un místico concupiscente, lo fui siempre. Tengo un sentido de la concupiscencia, por eso me gustan los poetas místicos. Cuando a mí me preguntan cómo empiezo a escribir poesía, respondo que empiezo con lo místico, léase Teresa de Ávila, que estaba más que loca.

—**¿Tuvo conciencia de muy pequeño de eso?**

—Siempre. Me divirtió eso, porque estuve en un liceo entre seglar o secular y cristiano, de curas. Yo era muy chiquito, hijo de un hombre no desvalido de inteligencia, pero sí desvalido de dinero, un hombre que trabajó en las minas, no era enteramente un hombre de minería pobretona y mal oliente. Yo era hijo de un profesor primario rural. Bueno, entonces, yo soy eso. Yo estaba en un colegio donde había una cosa religiosa, un internado, estuve seis años interno, y a la vez tenía bastante libertad en el ámbito sexual.

—**Gran sexualidad la suya. Se me ocurre que detrás de su poesía erótica hay un eros monstruoso.**

—Estás diciendo una cosa seria, porque aparentemente la eroticidad, el derramamiento seminal encima del útero de la mujer, parecería que es una cosa menor, pero es muy hondo respecto de lo que uno mismo es. Porque ¿a quién amas tú cuando amas?, ¿qué se ama cuando se ama? ¿Se ama al otro, se ama a uno mismo, se ama a Dios, se ama a lo conocido? Y no se sabe.

—**¿A quiénes le escribió el poema “A unas muchachas que hacen eso”?**

—Había unas putidoncillas por ahí que seguramente me sirvieron a mí como estímulo. Aquí se intentó pintar una situación: se amarraban unas con otras, llegaría a lo más al sobajeo, al lameo, al lamido, no más, no tenían la virtud que nosotros tenemos para ingresar en la criatura de otro modo y sembrar el semen. Es divertido este vocablo, me gusta que hagamos una mirada directamente: es así como deben operar todos los verdaderos dialogantes, los que entrevistan, porque esto de entrevistar quiere decir entrever. Alcanzar a ver, casi ver. Me gusta esta idea de ponerlo a uno en un ejercicio hermenéutico.

—**Ese poema y otros que tiene usted pueden ser un preámbu-**

**lo para llegar a la cama.**

—Para llegar a la cama o al pajeo. Sí, podría ser: tan suelto, tan libre es el texto. Aquí no funciona al miedo, aquí no funciona el psicoanálisis, Freud no corre. Aquí corre el mundo, corre la maravilla de estar vivo.

—**Usted tuvo y tiene mucho éxito con las mujeres.**

—¿Sabes quiénes son mis lectores? Mis lectores son *lectoras*. Lectoras que saben leer del modo femenino, vuelto hacia su propia condición. Yo no entiendo mucho las diferencias y las distancias del llamado género y subgénero y paragénero. ¡Qué lata más grande la palabra género!

—**En esta eroticidad, ¿habrá en usted una vertiente femenina?**

—Podría ser. Pero yo creo que hay una vertiente originaria, de animalidad. No sé si tú has reparado en que yo uso algunos vocablos que no existen en el diccionario de la Real Academia Española: “animala”, “animala trémula” le digo a una muchacha hermosa, porque estaba como una animala, como una perrita, como una tigresa. Y se me da mucha más vibra así, en esa vivacidad, que cuando está hierática, hermosa, marmórea, espléndida.

—**Hilda, su mujer, fue pretendida por Volodia Teitelboim.**

—Sí, el Volo la pretendió, cómo no...

—**Y usted le ganó la partida.**

—El Volo estaba también en desamparo, sin mujer, sin la niñita bonita, la mamá del Claudio se había ido. Entonces el Volo se encandila con la Hilda, que era una muchacha habilosa.

Los hechos sucedieron así. Hilda May había sido alumna suya. Rojas estaba en París, con una beca de la Unesco y ella se fue a España a hacer un posgrado. Un día tocan la puerta de su oficina. Era Hilda, que venía de Madrid. Linda, bien vestida, como le gustaba andar a ella. Le informa que quería saber sobre la Unesco y deseaba conversar con él sobre ello. Un pretexto. Gonzalo la encontró encantadora y ahí comenzó una relación de 30 años.

—Yo no me porté bien en los inicios porque no creí que fuera para tanta la hermosura y cometí algunas erratas. Desvaríos, dispersiones —dice.

Volvió a Concepción, pero al principio la desechó por otra.

—La errata mía era considerable con otra moza de la que no me quiero acordar, ni sé cómo se llama, y me casé con esa señorita.

Esta fue su segunda mujer. La primera había sido María Mackenzie, la madre de su hijo Rodrigo Tomás, de la que enviudó después de cinco años de matrimonio.

—Yo estaba igual que el Volo, sin mujer, y Volodia se encontró con una Leonor Suárez que era profesora de Matemáticas. Bonita e inteligente era Leonor y vivía en Concepción, frente a la estación, en un hotel asqueroso. Ahí también vivía Hilda, después de su viaje de España. Vivían como buenas amigas. Un día llega el Volo y le dice: “Leonor, me muero por Hilda”. “No seas tonto”, le respondió, “si Hilda es de Gonzalo, tiene que ser de Gonzalo, a Hilda le gusta Gonzalo y nada más”. De ahí vino el pequeño encordio que nunca fue encordio.

—**¿Eso fue todo?**

—Nada más. Yo a Volodia lo quise mucho, ni supe en esos días por esta devoción de él por esta moza semi mía.

Así, Hilda se convirtió en su tercera esposa. ¿Tercera? Sí y no. El segundo matrimonio, con aquella de la cual prefiere ni recordar su nombre, sólo duró nueve días. Sencillamente la aburrió. Se fueron de luna de miel y se dio cuenta de que no tenían nada que ver entre ellos. De vuelta en el avión, Rojas le dijo: “Señorita, ¿no cree usted que sería mejor que se quedara con su papá?”. Y a la llegada cada uno se fue para su lado.

—**¿Ha tenido mujeres últimamente?**

—Sí, sí.

—**No hace mucho tuvo a una hermosa mexicana, ¿aún la tiene?**

—Sí, sí, son unas niñas encantadoras. Hay una que vive ahí en Monterrey, y hay otra encantadora que vive en México y es francesa: es mi traductora al francés. Puso *La miseria del hombre* en un francés bellísimo. Es rumana de origen francés.

—**¿Con ellas mantiene relaciones?**

—Con ellas tenemos muy buenas relaciones, amistad... y algunas otras cosas... Con la mexicana un poco más... A mí me gusta. A veces viene, yo la llamo, está llena de recepciones, es docta, sabe mucho. No es nueva: tiene dos hijas que son bellísimas.

—**¿Ella es mucho menor que usted?**

—¡Sí, pues! Es tan fácil ser menor...

—**¿Y en el sexo funciona bien?**

—Sí, pero la devoción sexual se va atenuando. Decía Borges, en unos versos semi bonitos de él: el animal ha muerto o casi ha muerto. Eso pasa. De todas maneras, en mí no tanto, pero no tengo la devoción sexual ni el apremio sanguíneo de antes.

—**¿Sigue durmiendo en la cama mandarina?** —le pregunto en alusión a la que se trajo de China, que, según cuenta, tiene 500 años y que en 1988 era su lugar de reposo junto a Hilda.

—No, ya no. Es que no tengo pierna suave... Pero de repente aparece alguna.

—**¿Todavía, de verdad?**

—¡Sí, hombre! A los 88 tú sabes que funciona el número del infinito que es el 8...

—**¿Sí?**

—¡Sí, pues! No presumo, pero casi no pasa nada con los ejercicios numéricos de la edad. Tú sabes: la pobre mujer con su juego genésico y su ondular tiene otra situación. El hombre no: el hombre derrama su semen hasta el ultimísimo día antes de caer a la tumba.

—**Pero no todos los hombres tienen una libido como la suya.**

—Otra vez repito la palabra miedo: se asustan. Creen que se cancela la vida sexual después de los 60, 70 u 80, y no es cierto. Claro: no podrás engendrar los hijos hermosos que te permitieron hacer parir a una muchacha cuando tenías 30 o 35, pero...

—**¿Fumó marihuana alguna vez?**

—No.

—**¿Ninguna droga?**

—No, abstinente de todo. En el sexo, ahí sí. Y en el seso también, niño. La marihuana mía era esa.

—**¿Y en su generación se dio la droga?**

—La cocaína era bien frecuente. Teófilo Cid me la ofrecía.

## LOS PREMIOS Y LA CICATRIZ

En 1988 Gonzalo Rojas era una persona, no un personaje, y salía a comprar de a pie en su provinciana y adoptada Chillán, y

para eventos más lejos partía con Hilda en auto —ella conducía— como un vecino cualquiera. Pero tres años después en España le otorgaron el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana; luego en México el Premio Octavio Paz; en Chile el Premio Nacional de Literatura; en México, de nuevo, el Premio Juan Rulfo; en Argentina el Premio Martín Fierro; rematando en 2003 con el Premio Cervantes, que es el Nobel en lengua española. Desde entonces lo promocionan y candidatean al Nobel de verdad.

—Ese no soy yo, mijito —dice como para justificar esta voracidad de reconocimientos en su último cuarto de vida—. Lo del Nobel son unos moscos de unas universidades chilenas. Nicanor (Parra) sí está en ese proyecto. Pero yo no. Nicanor hace 25 años que está en esas listas, está bien, a él le gusta el premio. Yo lo quiero tanto a Nicanor... Él cree que somos adversarios, ¿de dónde?, nada. Es muy bueno que ahora me lo recuerdes: yo no soy premio —repite tajantemente lo mismo que me dijo en 1988—. No ha pasado nada, fue un azar, un juego de opciones que se te dan. Son regalos quién sabe de dónde. ¿Y para qué, además? Cuando yo tuve el Cervantes, debí ir a 19 países a saludar a la gente. Anduve enfermo. Bajé 15 kilos, me estropecé el sistema digestivo entero... Visité a los mejores gastroenterólogos alemanes, visité la Clínica Las Condes, donde todavía sigo yendo y donde trabaja mi hijo. Seguí bajando kilos, sufriendo como un tonto y respirando mal, porque el premio me había producido castigo y no es ninguna frase. Ser premiado ¿qué quería decir?

Las escaleras en la casa de Gonzalo Rojas proliferan, pero hay una que no va a ninguna parte. Las piezas, inacabables, tienen dos puertas: doble entrada y doble salida. Él lo explica arguyendo que el 2 le ha funcionado siempre.

En 1953, estando en París, viajó a China, gracias al pintor chileno José Venturelli, que vivía allá. Llegó a Shangai, viajó a Pekín como escritor invitado por el Consejo Chino de Escritores de la novel revolución comunista. Anduvo un mes por esos pagos. Pudo estar con el mismísimo Mao Zedong exactamente el 26 de abril de 1953. Mao había tomado el poder cuatro años antes. Lo informa él, que goza de una memoria impresionante. Pero eso sólo

fue el primer viaje. En 1965 volvió, ya casado con Hilda, invitado por el gobierno chino por tres meses. En 1970, Salvador Allende le posibilita su tercera vez china: lo nombra agregado cultural en ese país. De entonces data su famosa cama mandarina, que se trajo de allá, y que aparece en un poema suyo como un icono de su habla erótica. Antes del fin del gobierno de la Unidad Popular, lo trasladan a Cuba, como encargado de negocios, pero con nivel de embajador. El Golpe lo encuentra allá, nada menos.

Rojas estudió en el Pedagógico en la época en que gente como Hortensia (Tencha) Bussi, la esposa de Allende, estudiaba Historia, y era su amiga, y Bélgica Castro era estudiante de Teatro. “El resto están todos muertos”, acota.

—También estaba Teófilo Cid, de La Mandrágora. Fuimos con Teófilo juntos a casa de Vicente Huidobro. Así lo conocí, el año 38.

Aunque a él se le ubica, precisamente, como un miembro de la “Generación del 38”, refuta el dato llamándola “a lo más *Promoción del 38*”. Considera mucho más sólida y homogénea a la “Generación del 20”, esa de Manuel Rojas, Pablo de Rokha, Neruda, González Vera, todos anarquistas en su juventud (Rojas y González Vera siguieron siéndolo para siempre). “Esa es la buena”, comenta en alusión al anarquismo, del que se siente depositario.

No le es grato hablar de La Mandrágora, pues, aunque él no lo dice, y pese a que anduvo por ahí, los surrealistas criollos no le dieron el mejor trato. Pero reconoce en Enrique Gómez-Correa —su personaje central— a un poeta “despierto, inteligente, habiloso, libre, de mucho vuelo”. No tiene la misma opinión de Braulio Arenas.

—Usted escribió un poema muy fuerte contra Braulio Arenas: “La cicatriz”.

—Le saqué la cresta, es que él me atacó también. Me acusó de no se qué. Mal adversario yo. Braulio era majadero y escribió unas feas palabras... Por eso le escribí “La cicatriz”. Porque él me atacó a mí, ausente yo, en *El Mercurio*. Yo estaba en Venezuela y me llevan el recorte donde le preguntan a Braulio qué opina de Gonzalo Rojas. “Ese es un cero a la izquierda”, dijo, porque por un lado tocaba a la izquierda y con el cero se refería a que yo era un pésimo poeta.



De esa época en el Pedagógico —fines de los años 30 y comienzos de los 40—, donde se forma la pléyade de humanistas de la segunda mitad del siglo XX, recuerda, cómo no, a mujeres: fuera de Hortensia Bussi, rememora a un buen caudal de bellezas “como la Carmen Bunster, que es la tía verdadera de Claudio ahora Bunster”, el hijo que no era hijo de su amigo Volodia Teitelboim, que también era de aquellos muchachos de antes.

—**Usted vivió la resaca de la generación de los años 20.**

—Exacto. Porque la promoción mía está traspasada por otra cuerda, por la guerra civil española y por los primeros tanteos del fascismo y del nazismo alemán. El impacto de la guerra civil española fue inmenso.

—**¿Nunca militó en un partido político?**

—No, ni en masonería ni en ninguna cosa. Yo tenía 20 y voté por el Presidente Aguirre Cerda. Después de la matanza del Seguro Obrero acompañé a Jorge Millas a la morgue. Jorge era presidente de la Federación de Estudiantes y me dijo: “Gonzalo, vámonos a la morgue a ver lo que pasó”. Fuimos a reconocer a los muertos, algo salvaje. Y ahí muerto estaba un amigo mío que se llamaba Francisco Parada, gran tipo. También amigo de Miguel Serrano.<sup>1</sup> Miguel ya andaba en los bailes del nazismo... Pero él era un niño bien: primo de Vicente Huidobro. Son pitucos del Santiago clásico. Yo lo conocí entonces y me maravilló siempre Miguel por lo inteligente y lo práctico, y lo fino y lo mundano, en ese sentido bello de la mundanidad. En un mundo agobiado de chilenos *desbanucados*, estos cabros eran radiantes.

## “EN CHILE NO ME CONOCÍAN NI LOS PERROS”

Según Rojas, es a los 60 años cuando el hombre empieza a “enderezarse”. En ese plazo —le gusta esa palabra— comenzó a conocer la plenitud de su vida. Dice que se le armó otro esqueleto, un pensamiento más fresco, más vivaz y dinámico. “Es como si todo se hubiera concentrado —resume—. Antes disparaba para todos

<sup>1</sup> Miguel Serrano (1917-2009) fue un escritor y diplomático chileno, defensor del nazismo. Era uno de los sobrevivientes notables del siglo XX que consideré para este libro. Me reuní con él en 2006 en su casa, pero finalmente su joven mujer lo convenció para excluirse, lo que lamenté.

lados, pero a los 60 comencé a enderezarme. Mi plenitud fue a los 60 años”. Por entonces Gonzalo Rojas vivía en Caracas. Era ciudadano venezolano, porque como el Golpe lo encontró en La Habana le habían anulado su pasaporte chileno. A sus hijos también.

Como ex jefe de la misión diplomática en Cuba, fue proscrito. Y como no era de ningún partido, ni los comunistas ni los socialistas del exilio lo apoyaban. Llegó exiliado a Alemania del Este, al puerto de Rodstok. Le pagaban bien, pero no le daban la posibilidad de hacer clases.

—Era un mendigo de elegante mierda —exclama.

Consiguió que el poeta español Rafael Alberti lo invitara a un homenaje a Neruda en Italia. Viajó, pero se arrancó de esa ciudad hacia París. Allá, desesperado, le preguntó a un médico amigo, Hernán San Martín, que había sido embajador en Zambia:

—¿Cómo resuelvo mi vida, hombre? Los alemanes me protegen porque fui jefe de misión en Cuba, porque soy izquierdón, pero no tengo la defensa de los hermanos comunistas ni socialistas chilenos que viven en Berlín. Estoy fregado.

—Ándate de ahí —le dijo—, tengo la solución.

El diálogo ocurrió con Rojas sentado en un baúl, con todo su equipaje, en una habitación de un piso parisino. El poeta se paró y vio cientos de pasaportes de color rojo. El médico sacó dos de ellos y los falsificó con validez de dos meses, como si hubiera estado en Zambia. Volvió a Rodstok y la vida siguió igual. Recurrió entonces a dos amigos: el venezolano Guillermo Sucre y el mexicano Octavio Paz. Les pidió que lo invitaran a Venezuela con el ofrecimiento de un puesto de trabajo, porque era la única forma que los alemanes lo dejaran salir. Y ese trabajo fue una media jornada en el Instituto Rómulo Gallegos de ese país. Gracias a ello pudo por fin huir de Alemania Oriental. Al llegar a Venezuela, todo fue cordial. Le ofrecieron clases en la Universidad Simón Bolívar, la misma que muchos años después le otorgaría un doctorado Honoris Causa. Un día, el rector se le acercó. Le dijo que esperaba que estuviera tranquilo, con trabajo y lejos del frío alemán. Pero Gonzalo le contó su problema:

—No duermo bien porque a las 4 ó 5 de la mañana la policía me toca a la puerta de mi departamento y me recuerda que soy un

indocumentado. Que no tengo país.

Entonces el rector le sugirió:

—Mire, yo no le puedo resolver eso, pero vaya al Barrio del Silencio, que es donde está la Cancillería de este país, y ahí hable con tal persona. Yo creo que le van a entender su situación.

Habló con ese señor y tuvo la fortuna de que el burócrata, después de oírle decir que de un momento a otro la policía política lo iba a echar con su familia, sacara desde debajo de su mesa un pasaporte verde venezolano y le dijera:

—Sabemos que usted es un escritor, una persona a quien se le respeta. Me dicen que en la universidad está trabajando bien. Tome su pasaporte venezolano con el compromiso de que lo devuelva cuando pueda volver a Chile.

Le entregaron, además, pasaportes para su mujer e hijos, y por ello Gonzalo Rojas fue siete años y medio venezolano. Tiempo de felicidad.

Venezuela lo trató bien. Allí cumplió los 60 y fue, como dice, su plenitud. Le publicaron los libros que su patria natal casi nunca hizo.

—En Chile no me conocían ni los perros. Nadie.

La fecha de inicio de su historia poética la consigna en 1934 cuando, aburrido del internado penquista, se embarcó en el barco Fresia hacia Perú. En ese vapor llegó a Mollendo y volvió a Iquique. Se bajó en la ciudad y golpeó la puerta de su tía Josefina.

En Iquique conoció a Diana. Le pareció tan linda como para quedarse en la ciudad sólo por ese motivo. El aroma seductor de una mujer determinaba su destino.

—Yo fui un desinhibido, eso te lo digo clarísimamente. En un mundo de inhibidos, de pelotas chilenos llenos de miedo, cagados de miedo, yo fui un desinhibido desde niño. Nací en un pueblito así de chico, pero nunca fui de villorrio. Siempre fui de mundo. Esa fue la virtud mía, si es que la hay.

Trabajó en la oficina salitrera de Humberstone, en el hospital. Uno de sus amigos por entonces fue el joven Óscar Bonilla, futuro general que participó junto a Pinochet en el Golpe de 1973 y que murió en extrañas circunstancias en marzo de 1975 cuando tenía

serias diferencias con el dictador. Alquiló una pieza en calle Serrano, volvió a estudiar y terminó el año como un alumno destacado, ganándose el premio mayor: un saludo a la Reina de la Primavera. Pues bien: la reina era precisamente Diana, la muchacha que vio al llegar a Iquique y por la que decidió quedarse, quien lo galardonó prendiéndole en el pecho una flor de oro que el joven Rojas vendió esa misma noche.

Volvió a Concepción un año después. Traía consigo una cama de color rosado, el colchón y un baúl con ropa.

—Ahí yo venía cambiado, venía navegado. Los compañeros míos eran una peste, unos pobres moscos provinciales. Y yo en cambio venía navegado, había visto el Perú, venía del norte del país, sabía lo que era el trabajo. Ese viaje fue decisivo en mi vida.

En 1937 emprende rumbo a Santiago, ciudad que no conocía. Se aburrió de estudiar Derecho e ingresó a Pedagogía. Pero también se aburrió. Llegó a hacer clases, como práctica, en el Liceo de Aplicación, en la noche. Un día estaba ahí atendiendo las matrículas de los muchachos que se venían a inscribir y aparece una mujer bonita, de tez clara y pelo negro. Venía a matricular a su empleada doméstica. Como tantas otras veces, a Gonzalo Rojas le gustó la joven, que tenía 18 años. La invitó al teatro Hollywood, que existía en esos años en la Alameda. Cuando se tomaban un café, ella le contó que era casada, pero que la cosa andaba mal. Aquella mujer a Rojas, de nuevo, le movería el piso, es decir, la vida. Era el impulso para un nuevo viaje. Por entonces un tal Rosenberg Gallo, de Copiapó, le había ofrecido un pequeño trabajo en El Orito, en la cordillera de Los Andes, en un paraje de minas de cobre. Quedaron de verse con la joven de tez blanca al día siguiente en la calle Constitución N° 63, donde vivía con su marido y con William Mackenzie, su padre, un escocés que era ingeniero experto en frigoríficos. Ya no estaba el marido, se había marchado. No pasó una semana y Rojas, sin asomo de recato, le propuso irse al norte con él. Y aceptó. Ella era María, la futura madre de su hijo mayor, que nació en el norte, y con la cual vivió cinco años hasta su muerte.

Se fueron a Vallenar en tren. Subieron al Orito. En 1943 nació Rodrigo Tomás en esos bordes cordilleranos. Pero lo echaron por

un motivo extra laboral: por no estar casado con libreta. Entonces retornó al sur, pero no a Santiago, que era territorio vedado: partieron donde un amigo de Gonzalo que tenía un aserradero en la isla Puluqui, al sur de Calbuco. Después de un tiempo, dejó a mujer e hijo y volvió a Concepción para terminar unos libros de poesía que nunca acabó. Más tarde se reencontraron los tres en Santiago, donde trabajó con Leopoldo Castedo “en una revista mala que se llamaba no sé qué”.<sup>2</sup> Le reconocieron algunos estudios y consiguió quedar como licenciado en Filología Clásica: su único título. Después partió a Valparaíso a hacer clases.

—Nunca tuve prisa, pero me funcionó el viaje —dice.

—**¿Lo apremia la muerte?**

—No, a esta altura, ni nunca, fui gran doliente de ella. ¿Cómo se llama eso en filosofía, el desacuerdo del pensamiento filosófico tradicional, escuela a la que pertenece Quevedo, Séneca...?

—**¿Estoicos?**

—¡Estoicos! Yo soy animal estoico. Por eso amo la moderación. Por un lado soy frenético, sé lo que es el frenesí romántico, el encantamiento, la fascinación, pero a la vez con contención. Por eso me lateó el surrealismo, sobre todo el *mandragorismo*. No tenía idea de qué era el silabeo y yo soy animal silábico, yo entiendo lo que es la sílaba, porque entiendo lo que es el respiro, lo que es el juego, los matices de la voz. No me interesa nada lo parragoso, el derramamiento. Por ejemplo, leo a Juan Rulfo y hay ritmo. Rulfo escribe en prosa, pero es muy rítmico. Es un poeta y tuve el honor de ser amigo suyo. Juanito te habla con una ritmicidad preciosa, como González Vera, pero ese es un maestro, sin que se le note que es rítmico, porque no se trata de medir las sílabas conforme a la cuantificación clásica. Se trata de ver cómo en este vaivén precioso opera eso que es la medida. Acuérdate de Heráclito: “El sol se enciende y se apaga con medida”.

—**Volvamos a la muerte: a su muerte.**

—Esa torrecilla, la que estoy construyendo —la muestra— va a durar lejos unos 60 meses más que yo, que tendré unos seis meses

<sup>2</sup> Se trata de la revista *Antártica*. Leopoldo Castedo fue un destacado historiador español que llegó en el Winnipeg como refugiado.

más de vida o tres, no quiero más. No me aflige eso. Enterré a un estudiante mío el otro día, eché a la Hilda a la tierra... He soñado, me he desdoblado, pero sin agobios. Hay una poesía mía que a lo mejor ilustra eso: se llama “Almohada de Quevedo”. Es un poema que data de muchos años. Quevedo era un estoico. Era un tipo rajado, porque cuando uno no le tiene miedo a la muerte, no es que sea un piadoso: uno es un zafado, no le asusta la muerte casi temerariamente. Es muy divertido el caso mío. Íbamos con la Hilda a bordo de un avión en Corea del Norte, el avión empezó a descomponerse. Entonces yo le tomé la mano un ratito y jugamos una partida de cartas en pleno vuelo listo para el desastre.

—**¿Es ateo?**

—No, pero no es que crea: vivo en el misterio. Yo soy un misterio, porque no sé. Es lo desconocido, no saber nada. No tengo pretensiones de saber cómo es la muerte. Es nada, pero sin agobio. El único poema que yo escribí sobre esas leseras se llama “Al silencio”. Ahí ni siquiera se le dice vacío, porque si hubiera dicho vacío mi voz habría sonado como algo hindú y yo no soy hindú. Se le dice “hueco”, “todo en el hueco del mar”. Es como si le hubieran arrancado todas las aguas al océano de golpe y todas las aguas y todas las estrellas al sistema galáctico y a la hermosura todas las hermosuras: queda la oquedad fantasmal y ahí anda uno, y ahí duerme, con eso duerme.

—**¿Tiene alguna disposición para su muerte?**

—He pensado algo últimamente, como la muerte está más cerca, en vista de que María, que es la primera mujer mía y la madre de Rodrigo, y él la quemó porque ella le dijo: “Crémame, todo será ceniza”. El niño cumplió y cremó a su mamá. A mí fíjate que la gusanería no me espanta para nada. La germinación tal vez esté mejor... No sé bien. No quiero que me cremen. Me gusta más la vida libre, a esa la he adorado tanto.

—**Usted ha sido un vividor.**

—Sí. Fascinado... todas las mañanas, todas las noches cuando respiro, cuando me levanto, cuando hago ejercicios, tontamente, soy un vividor.

—**Y entonces una persona tan vividora como usted, ¿qué pasa cuando viene el fin de la energía: la muerte?**

—Es el ahí nomás. Sin embargo, algo pasará, porque ¿cómo va a ser que desaparezcan todas estas ilusiones? Yo sé que el pobre ser humano es un bichejo inofensivo al lado de otros portentos del universo de los que no tenemos ni la más leve mención.

### “NERUDA ERA UN SACACUENTAS Y MALA PERSONA”

—Usted dijo una vez que es un “protodisidente”. ¿Me puede explicar eso?

—Claro. Disidente quiere decir no estar de acuerdo. Yo quise a Octavio Paz aunque muchas cosas nos separaban, pero lo que yo adoraba en Octavio era esa disidencia: no estar de acuerdo. Vicente Huidobro fue un disidente. La lata de Neruda en parte grande está en que no era disidente: era obsecuente el huevón. Obsecuente quiere decir un hombre que no es de una fe limpia y sana. Lo opuesto a una disidencia es una fe, una voluntad. Neruda fue un obsecuente. Él era un arribista: lo fue desde niño y lo fue de hombre. Mostró ese arribismo con el Pablo Ramírez, por ejemplo, en el pequeño gobierno del año 27, esa amistad que lo mandó de cónsul a Oriente. Pablito Ramírez era el hombre fuerte del dictador Carlos Ibáñez. Esas cosas son muy sospechosas. No porque fuera maricón, Neruda no lo era, el otro parece que lo era, pero Neruda era un tipo que sacaba cuentas. Neruda era un “saca cuentas” y mala persona, rencoroso. ¿Por qué fue tan desdenoso con la gente de su mismísima promoción? ¿Por qué no apoyó a Romeo Murga? Muchachones que tenían tanto talento como el suyo. Al único que salvó fue a Alberto Rojas Jiménez, pero cuando ya estaba muerto.<sup>3</sup> Eso me pasa con Neruda a mí. Hay un cuento cortito que te lo doy, porque es real. Estábamos un día en una comida acá en Chillán, en el Hotel Riquelme, Neruda y muchos escritores de distinto pelaje. Estábamos todos en torno a él, en distintas mesas. Un amigo de Pablo y amigo mío se le acerca y le pregunta: “Oye Pablo, ahora que estamos aquí, ¿qué te parece ese joven que está por allá, dicen que él es poeta?”. Se refería a mí. Entonces, Neruda le contesta:

<sup>3</sup> Romeo Murga (1904-1925) y Alberto Rojas Jiménez (1900-1934) eran poetas amigos del joven Neruda. Murga murió a los 21, de tuberculosis. Rojas Jiménez murió nueve años después de neumonía. Tras su muerte, Neruda escribió el poema “Alberto Rojas Jiménez viene volando”.

“Gonzalo no es malo, pero escribe poquito”. Ese fue su juicio. El intrigante de mierda y simpático que era mi amigo fue volando hacia la otra punta de la mesa y me dijo: “Mira lo que está diciendo Pablo, que tú no eres malo, pero que escribes poquito”. Y a mí me nació del alma esta frase: “Dile a Pablo que él es un genio, pero que escribe demasiadito”.

—¿Pablo de Rokha era un disidente?

—Él nació disidente. Era delirante, disidente, inconcluso, equivocado. Yo también soy equivocado, lo que se dice equivocado. De Rokha no quería reconocer la equivocidad. Me gusta en De Rokha lo de fundador que hay en él. Él es el primero que vio las “materias”; el agua, al aire, el fuego... antes que la Mistral escribiera sobre ellas. Es inconcluso y con una debilidad mayor: no tuvo conciencia del límite. ¿Qué quiero decir con ello? Que se desbarrancó. No supo medir: no ganó un lenguaje; ganó un impulso. Pero De Rokha es muy grande. Tanto lo quiero, lo quise siempre, que cuando iba a parir María, mi primera mujer, la bonitísima escocesa, y estábamos en El Orito, en la cumbre andina, le dije: “Mira, mujer, le vamos a poner como segundo nombre Tomás, porque acaba de morir Tomasito, hijo de Pablo de Rokha”. Yo lo conocí mucho. Comimos y tomamos como zafados allá en Concepción.

—¿Pablo de Rokha participó en los congresos de escritores que usted organizó?

—No, por errata mía. Errata mortal. Como todo estaba sembrado de nerudismo, si yo invitaba a De Rokha, Neruda no venía y si no venía Neruda no venía nadie. Qué terrible...

—O sea, fue vetado Pablo de Rokha.

—Vetado, pero no entero, porque yo lo llevaba a otras cosas, pero no a esas. La reconozco como una errata mía grande, una majadería.

—¿Y Nicanor Parra? ¿Usted peleó con Parra?

—Fuimos buenos compañeros en el Internado Nacional Barros Arana. Mi trabajo consistía en encender y apagar las luces en ese internado, cuando los chicos se iban a acostar. Yo dormía ahí porque allí ganábamos la comida y el pan. Nicanor era profesor de matemáticas. Se había graduado hacía poco, pero concurría al internado porque había sido estudiante de ahí. Un día discutimos,

pero te hablo del año 37, imagínate. Él me defendió a Víctor Domingo Silva en una conversación de sobremesa, y hasta ahí llegó la conversación.<sup>4</sup> Después nos vimos con cariño, saludos. Yo con mucho respeto a la Viola (Violeta Parra, su hermana), a la Viola la quise con el corazón. Pasa el tiempo y el año 47 él se está viniendo de Estados Unidos o de Inglaterra y nos encontramos en la Alameda con un gran abrazo. Entonces vivía con la Anita Troncoso. Nicanor venía con injerto de Inglaterra en el hocico, en la jeta y en la cabeza, era un cabro renovado, ya no era tan joven tampoco, y yo lo visité en su casa de calle Mac Iver. Después se mudó a la calle Larraín, a unos metros de donde vivía Neruda. La amistad se profundizó. Él iba a Valparaíso a mi casa. A él le nacía la idea de que estaba bueno ya de huidobristo y de nerudismo. Nos sentíamos en la idea de que había que hacer una cosa distinta. Me mostró unos papeles que se llamaban “Ejercicios retóricos”, y yo se los encontré bonitos. Los había hecho en Inglaterra o Estados Unidos, y a él le encantó lo mío. Así seguimos la amistad con el Parra y cada vez que yo empecé con los encuentros de escritores en Concepción Nicanor era el primero en venir invitado: yo invitaba con honor a mi hermano querido y él lo sabía. Era una amistad no sobajada, no como las amistades chilenas: el sobajeo chileno es asqueroso, qué asco, el asco chileno.

—¿Y qué pasó?

—Un día, mucho después, compro un diario, el año 60 y tantos, y había un artículo duro de Nicanor contra mí: decía que yo me había *rokheizado*, por De Rokha. En vista de eso, yo vine a mi casa, desanduve los pasos desde el centro de la pequeña ciudad de Concepción hasta donde teníamos un bonito piso con mi mujer y les dije a ella e hijos: “Ustedes almuercen, yo le voy a contestar a este huevón, pero no le voy a contestar en su humorismo barato; le voy a contestar en un humorismo de la tradición española”. Me acordé de un texto de Quevedo que se llama “Gracias y desgracias del ojo del culo”, que es muy lindo, lleno de humor. Entonces, a mi texto le llamé “Gracias y desgracias de un antipoeta”, y lo rajé con unos versos muy bien contruidos, terribles, se podría decir

<sup>4</sup> Víctor Domingo Silva (1882-1960) fue escritor y diputado. Escribió alabanzas a la chilenidad, como el poema “Al pie de la bandera”. Le otorgaron el Premio Nacional de Literatura en 1954.

que le dejé a la mamá y al papá colgando. Lo llevé a Santiago y se lo mostré a Hernán Lavín Cerda y éste se lo entregó a Manuel Cabieses, que dirigía la revista *Punto Final*. Se publicó y lo tomó la revista uruguaya *Marcha* y se fue por América. Quedó abierta una brecha feroz entre el uno y el otro. El poema era bueno, el mismo Parra lo reconoció.

—¿Nunca lo publicó en un libro?

—Tarde en mi vida. Sólo hace cuatro años apareció en un libro mío en Madrid (*Metamorfosis de lo mismo*, Visor, 2000). De ahí salió lo que diríamos distancia, más que enemistad. Pero cuando vino el gobierno de (Ricardo) Lagos nos juntamos un día con Parra y estuvimos en la misma brecha de siempre. Él no tiene confianza en mí, pero yo no tengo querella. Lo que sí tengo es diferencia con él en esa cosa que él llama los *artefactos*, que no me interesan nada. Pero sí me interesa el bello libro de 1954 *Poemas y antipoemas*, porque lo encuentro bueno. “El soliloquio del individuo” es un poema bueno que publicó después.

## “ADORÉ EL SIGLO XX”

—¿Los Encuentros Internacionales de Escritores en Concepción fueron hitos importantes en su vida?

—En mí sí, porque cumplió una cosa que siempre quise ser y soy: un poeta y a la vez un animal poético que no sólo trabaja desde la contemplación sino desde la acción. Eso ha ocurrido con muchas vidas. En los contemporáneos basta con que yo nombre a André Breton, sin compararme con él. Breton es un poeta lúcido desde la palabra y a la vez un hacedor: hizo cosas. Aquí en América somos unos pocos, y yo creo que sin quererlo me inserté porque me nació así y porque soy así. Y en eso me siento como uno de esos progenitores del siglo XIX. Sarmiento decía esta frase: “Hasta nuevo orden, en América un verdadero escritor está condenado a la contemplación y a la acción al mismo tiempo”.

—¿Y Gabriela Mistral qué le parece?

—¡Deslumbrante! Ni la Teresa de Ávila, que es mi diosa, mi reina y mi portenta, la supera. En Chile no hay ninguna divina comparable. Cuando el año 1948 aparece mi libro *La miseria del*

*hombre* el señor Alone puso en el diario en su columna: “Al paso que van las letras nacionales no prometen nada bueno”.<sup>5</sup> Me hizo un bien ese señorito, ese piojillo maricueca me hizo un bien enorme porque me bajó de todo el caballo de la presunción, de la altanería del aprendiz de escritor. Me ventiló el seso, me curó de esa trampa que quiere decir la autovaloración. Pero los dioses existen. Dos semanas después, sería en julio de ese 48, yo voy con Rodrigo Tomás a lustrarme los zapatos al Correo de Valparaíso, que es donde funciona la cosa cultural, y compro *El Mercurio*. Los diarios venían hablando mal y bien de mi libro y quise leer y no apareció nada más. Recién ahí tomé razón yo de toda la autofarsa que uno se hace en su mente con la adhesión. Subí al piso que estaba en el cerro Concepción y fui al buzón a buscar mi correspondencia, y llegó una tarjeta impresionante de Gabriela. Ella no había leído nada, pero había recibido mi libro. Es la más grande valoración que yo he sentido en mi vida. Sentí la confianza que yo me tenía, porque hay que partir de esa idea: el que no se tiene confianza está jodido. Yo de niño no tenía ni un céntimo en los bolsillos, perdona otra vez la disgresión, me tocaba y me decía: “No tengo nada, nada, pero nada, el despojo entero”, pero me tenía una confianza de loco. Eso me trajo la Mistral.

—**¿La libido ha sido muy fuerte como energía para su poesía?**

—Yo creo que sí, porque cuando era chico las putillas donde concurría a veces me pedían prestado porque decían que tenía energía libídica. Eso es bueno. ¡Tenía buena reputación! Putero el hombre.

—**¿Y en materia política?**

—Devoción entera por la milicia siempre. De niño católico, como tantos ancianos de este país, en mí resuena la guerra civil española: que somos republicanos y no comunistas. Yo no soy comunista.

—**¿Tuvo simpatía por el MIR?**

—Mucha, inmensa, la tengo. No por el MIR feo que hizo después tontería de orden criminoso. Sí por el buen MIR, de Von Schouwen, del Rodrigo Rojas Mackenzie, mi hijo, que no fue del

MIR. Antes del MIR hubo un movimiento que se llamaba el MUI: Movimiento Universitario de Izquierda, presidido por mi Rodrigo y por Miguel Enríquez. Eran muy amigos. A Miguel lo veo de chico con los calcetines en el suelo. Edgardo, su papá, era amigo mío. Gente noble y buena; el MIR me caía bien porque los encontraba como unos moscos no sólo partidarios del Che, no sólo en eso, sino que tenían algo del brillo de los mozos, de los mozalbetes del siglo XIX en los días de Manuel Rodríguez.

—**El año 70 rechazó ser incluido en una antología de poesía latinoamericana que hizo la OEA.**

—Sí, es cierto.

—**Leí su carta de rechazo: prohíbe incluir allí poemas suyos porque dice que la OEA es el “Ministerio de Colonias de Estados Unidos”.**

—Esa era mi postura, implacable. Por eso cuando estuve en Estados Unidos, muchos años después, cuando me ofrecieron un trabajo de profesor, aspiré a ser residente y estaba listo para firmar mi papel de residente cuando un señor dijo: este señor no puede firmar porque fue jefe de la misión diplomática de Allende en Cuba. A mucho honor, entonces, me quedé sin la condición de residente. Por un juego de cartas largo entre la dirección de esa universidad de Utah me dieron la residencia, que ya no la tengo.

—**Usted me decía que estos primeros años del siglo XXI son mierdosos. ¿Y cómo fue el siglo XX?**

—Fue un siglo muy furioso, acelerado como soy yo mismo, pero con un grado de control muy firme, muy fuerte. Adoré el siglo XX por lo vertiginoso, por lo insoportablemente vivo, fresco, por lo colectivo. El hombre se atrevía a hacer un ejercicio como el de la Unión Soviética, con un cabro chato como era Lenin y los otros muchachones que estaban detrás de él. El país tenía 150 millones de habitantes, no sabían leer ni escribir, y mira cómo cambió, con todas sus podredumbres. Hoy hay una especie de recato no místico ni religioso, pero casi religioso, y uno se queda pensando que el glorioso Partido Comunista y el marxismo leninismo contuvieron un grado de extra fascinación, de extra mística. Siglo XX es el gran siglo. Es adorable haber nacido en él, es un honor de honores para este pobre animal que soy yo; una alegría haber vivido ahí.

<sup>5</sup> Seudónimo de Hernán Díaz Arrieta (1891-1984), el más influyente crítico literario chileno del siglo XX.

—**¿Y por qué entonces este escaso siglo XXI es mierdoso?**

—¡Caca, caca, hasta donde lo estoy viendo! Con un señor Bush que es caca, con unos piojetes de los distintos países...<sup>6</sup>

—**¿Por qué vive en Chillán?**

—Porque estoy en el animaleo: me gusta ir al mercado, me gusta estar en los tablones, el mar me queda a algunos metros en Cobquecura, a otros metros me queda la cordillera de los Andes.

—**¿Es periférico usted?**

—Sí, sí. Me gusta llegar desde fuera. Y salir y entrar y volver a salir.

—**Muy erótico eso.**

—Y si tú ves... ¿por qué hay tanta cama en esta casa? Porque algunas veces duermo acá, otras duermo allá y despierto en camas distintas.

—**¿Cambia de cama?**

—Sí, porque muestran otros horizontes.

<sup>6</sup> Cuando se realizó lo medular de este diálogo George W. Bush gobernaba Estados Unidos.